**Capítulo III**

-Estamos en París, hace ya unos meses que los alemanes están en ese lugar. Desfilan los soldados, todos rubios, bien lindos, y las chicas francesas los aplauden al pasar. Hay una tropa de pocos soldados que va por una calle y entra en una carnicería, el carnicero es un viejo de nariz ganchuda, con la cabeza en punta, y un gorrito ahí en el casco puntiagudo. Y le viene un miedo bárbaro cuando ve a los soldados que entran y le empiezan a revisar todo.

-¿Qué le revisan?

-Todo, y le encuentran un sótano secreto lleno de mercaderías ilegales, que por supuesto vienen del mercado negro. Y se junta la gente a ver como lo atrapan y la gente dice que en Europa ya no va a haber hambre, porque los alemanes van a terminar con los explotadores del pueblo.

Valentín y Molina empiezan a hablar de la película.

-¿Y vos dónde la viste?

-Acá en Buenos Aires, en un cine del barrio de Belgrano.

-¿Y daban películas nazis antes?

-Sí, yo era pequeño pero durante la guerra venían las películas de propaganda.

Pero yo las vi después, porque a esas películas las seguían dando.

-¿En qué cine?

-En uno chiquito que había en la parte más alemana del barrio de Belgrano, la parte que era toda de casas grandes con jardín, en la parte de Belgrano no que va para el río, la que va para el otro lado, para Villa Urquiza, ¿viste? Hace pocos años lo tiraron abajo. Mi casa está cerca, pero del lado más chusma.

-Seguí con la película.

-Bueno, de golpe se ve un teatro bárbaro de París, de lujo. Es de music-hall, y hay un número musical con coristas nada más, de un cuerpo divino todas, y están bailando, cuando bailan tomándose de la cintura y las enfoca la cámara parecen negras, con una pollerita hecha toda de bananas, nada más, y cuando los platillos dan un golpe muestran el otro lado, y son todas rubias, y en vez de las bananas tienen unas tiritas de strass, y nada más, como un arabesco de strass.

-¿Qué es el strass?

-No te creo que no sepas.

-No sé que es.

Ahora está otra vez de moda, es como los brillantes, nada más que sin valor, pedacitos de vidrio que brillan, y con eso se hacen tiras, y cualquier tipo de joya falsa.

-No pierdas tiempo, contame la película.

Y cuando termina ese número queda el escenario todo a oscuras hasta que por allá arriba una luz se empieza a levantar como niebla y se dibuja una silueta de mujer divina, alta, perfecta y canta una canción primero en francés y después en alemán. Y en un palco hay un oficial alemán joven, no tan joven como el teniente del principio, pero muy buen mozo también.

-Rubio.

-Sí, y ella es morocha, blanquísima pero de pelo renegrido.

-¿Cómo es de cuerpo?, ¿flaca o bien formada?

-No, es alta pero bien formada, aunque pechugona no, porque en esa época se usaba la silueta llovida. Y al saludar se cruzan las miradas con el oficial alemán. Y cuando va al camarín encuentra un ramo hermoso de flores, sin tarjeta.

-¿Y qué es lo que canta?

-No tengo idea, una canción de amor, seguro. Pero a mí me impresionó.

Bueno, y en el camerino una de las coristas rubias viene toda ilusionada y le cuenta lo que le pasa, porque quiere que sea ella, la artista que más admira, la primera que sepa lo que le está. Es que va a tener un hijo. Y claro, la cancionista, que se llama Leni, nunca me voy a olvidar, se alarma porque sabe que la chica es soltera. Pero la otra le dice que no se preocupe, que el padre del bebé es un oficial alemán, un muchacho joven que la quiere mucho y van a arreglar todo para casarse.

En eso la corista, y le dice a Leni que tiene miedo, Leni le pregunta si cree que el muchacho la va a dejar. La chica le dice que no, que tiene miedo de otra cosa. Leni le pregunta de qué, pero la chica le dice que de nada. Entonces Leni se queda sola y piensa si ella podría querer a un invasor de su patria.

A todo esto la corista rubia va por las calles de París, y ve que en el último piso de un edificio antiguo de departamentos hay luz, y se le ilumina la cara con una sonrisa. Entonces se abre una ventana ahí donde hay luz y se asoma el mismo muchacho del principio, el teniente alemán, y le sonríe con una cara de enamorado perdido, y le tira la llave, que cae en el medio de la calle. Y ella va a levantarla. Había un carro y la chica va a recoger la llave y el carro arranca y la atropella.

El muchacho que ha visto todo baja desesperado. La chica está agonizando, él la toma en los brazos, ella quiere decirle algo, apenas si se le entiende, le dice a él que no tenga miedo, que el hijo va a nacer sano, y va a ser un orgullo para su padre.

-Bueno. Entonces sale que a la mañana siguiente la llaman a la Leni, a que declare todo lo que sepa a la policía alemana, porque ellos saben que era confidente de la chica muerta. Pero Leni no sabe nada, que la chica estaba enamorada de un teniente alemán, y nada más. Pero no le creen, y la detienen unas horas, pero como ella es una cantante conocida una voz por teléfono ordena que la dejen en libertad bajo custodia, para que esa noche pueda actuar como todas las noches.

Leni está asustada, pero canta esa noche y al volver al camarín se encuentra de nuevo las flores de los Alpes y está buscando la tarjeta cuando una voz de hombre le dice que no la busque, que ahora él las ha traído personalmente. Ella se da vuelta sobresaltada. Es un oficial de alto rango, pero bastante joven, el hombre más buen mozo que se pueda pedir. Ella le pregunta quién es él, pero claro, ya se ha dado cuenta que es el mismo que la había aplaudido tanto la noche anterior, el del palco. Él le dice que no tenga la menor duda, que el deber de Alemania es el de liberar a Europa de los verdaderos enemigos del pueblo, que a veces se ocultan bajo la máscara, de patriotas. Él la va a dejar a su casa, pero ella tiene miedo y él la lleva a su departamento. Se escucha una música y el muchacho llora.

-¿Por qué lloras?

-Porque me acordé de un amigo y desearía estar con él.

-¿Vas a llorar por eso?

-Sí y no te burles.

-Me voy.

-No te vayas, cuéntame, lo siento.

-Es mozo, de un restaurant...

-¿Es buena persona?

-Sí, pero tiene su carácter, no te vayas a creer.

-¿Por qué lo querés tanto?

-Por muchas cosas.

-Por ejemplo...

-Te voy a ser sincero. Ante todo porque es lindo. Y después porque me parece que es muy inteligente, pero en la vida no tuvo oportunidades para nada, y está ahí haciendo un trabajo de mierda, cuando se merece mucho más. Y me dan ganas de ayudarlo.

-¿Y él quiere que lo ayudes?

-¿Qué querés decir?

-Si él se deja ayudar o no.

-Vos sos brujo, ¿por qué hacés esa pregunta?

-No sé.

-Pusiste el dedo en la llaga.

-Él no quiere que lo ayudes.

-Él no quería, antes. Ahora no sé, vaya a saber en qué anda...

-¿No es él el amigo que te vino a visitar, que me contaste? -No, el que vino es una amiga, es tan hombre como yo. Porque el otro, el mozo, tiene que trabajar a la hora en que acá entran visitas.

-¿Nunca te vino a ver?

-No.

-El pobre tiene que trabajar.

-Escúchame, Valentín, ¿vos te creés que no podría cambiar turno con algún compañero?

-No se lo permitirán.

-Son buenos ustedes para defenderse, entre ustedes.

-¿Quiénes son ustedes?

-Los hombres, buena raza de...

-¿De qué?

-De hijos de puta, con el perdón de tu mamá, que no tiene la culpa.

-Mirá, vos sos hombre como yo, no embromes... No establezcas distancias.

-¿Querés que te me acerque?

-Ni que te distancies ni que te acerques.

-Escúchame, Valentín, yo me acuerdo muy bien que una vez él cambió turno con un compañero para llevarla a la mujer al teatro.

-¿Es casado?

-Sí, él es un hombre normal. Fui yo quien empezó todo, él no tuvo la culpa de nada. Yo me le metí en la vida, pero lo que quería era ayudarlo.

-¿Cómo fue que empezó?

Yo un día fui al restaurant, y lo vi. Y me quedé loco. Pero es muy largo, otra vez te lo cuento, o mejor no, no te cuento nada, quien sabe con qué me vas a salir.

-Un momento, Molina, estás muy equivocado, si yo te pregunto es porque tengo un... ¿cómo te puedo explicar?

-Una curiosidad, eso es lo que tendrás.

-No es verdad. Creo que para comprenderte necesito saber qué es lo que te pasa. Si estamos en esta celda juntos mejor es que nos comprendamos, y yo de gente de tus inclinaciones sé muy poco.

-Te cuento entonces cómo fue, pero rápido, para no aburrirte.

-¿Cómo se llama?

-No, el nombre no, eso es para mí no más.

-Como quieras.

-Es lo único de él que me puedo guardar, adentro mío, en la garganta lo tengo, y me lo guardo para mí. No lo suelto...

-¿Hace mucho que lo conociste?

-Hace tres años, hoy, doce de septiembre. Yo fui ese día al restaurant.

Pero me da no sé qué contarte.

-No importa. Si alguna vez querés hablarme de eso, me lo contás. Y si no, no.

-Tengo como pudor.

-Bueno... con los sentimientos muy profundos, creo que pasa siempre así.

-Yo estaba con otros amigos, dos loquitas jóvenes insoportables. Pero preciosas, y muy vivas.

-¿Dos chicas?

-No, cuando yo digo loca es que quiero decir puto estaba de lo más pesada con el mozo, que era él. Yo al principio vi que era un muchacho de muy buena presencia, pero nada más. Pero cuando la loquita se le insolentó, este hombre sin perder la calma le contestó lo que debía. Yo me quedé admirado. Porque los mozos, pobres, siempre tienen ese complejo de que son sirvientes, y les resulta difícil contestar a una grosería, sin que parezca un sirviente ofendido, ¿me entendés? Bueno, este tipo nada, le dio la explicación de porqué la comida no estaba cómo se debía, pero con una altura que la otra quedó como una tarada. Pero no te creas que estuvo sobrador tampoco, nada, distante, perfectamente dueño de la situación. Y yo enseguida me olí que ahí había algo, un hombre de veras. Y a la semana siguiente fui sola al restaurant.

-¿Sola?

-Sí, perdóname, pero cuando hablo de él yo no puedo hablar como hombre, porque no me siento hombre.

-Seguí.

-Al verlo por segunda vez me pareció más lindo todavía. Era un galán de película.

-¿Qué es ser hombre, para vos?

-Es muchas cosas, pero para mí... bueno, lo más lindo del hombre es eso, ser lindo, fuerte.

-Es una idealización, un tipo así no existe.

-Sí existe, él es así.

-Bueno, dará esa impresión, pero por dentro, en esta sociedad, sin el poder nadie puede ir avanzando seguro, como vos decís.

-No seas celoso, no se le puede hablar a un hombre de otro hombre que ya se pone imposible, en eso ustedes son igual que las mujeres.

-No seas pavo.

-Ves como te cae mal, hasta me insultás. Ustedes son tan competitivos como las mujeres.

-Por favor, hablemos a cierto nivel, o no hablemos nada.

-Qué nivel ni qué nivel.

-Con vos no se puede hablar, si no es dejarte que cuentes una película.

-¿Por qué no se puede hablar conmigo, a ver?

-Porque no tenés ningún rigor para discutir, no seguís una línea, salís con cualquier macana.

-No es cierto, Valentín.

-Como quieras.

-Sos un pedante.

-Como te parezca.

-Demostrame, a ver, que no tengo nivel para hablar con vos.

-No dije para hablar conmigo, dije que no mantenés una línea para llevar una discusión:

Vas a ver que sí.

-Para qué seguir hablando, Molina.

-Sigamos hablando y vas a ver que te demuestro lo contrario. -¿De qué vamos a hablar?

-A ver... Decime vos, qué es ser hombre, para vos.

-Me embromaste.

-A ver... contéstame, ¿qué es la hombría para vos?

- Ser hombre es mucho más todavía, es no rebajar a nadie, con una orden, con una propina. Es más, es... no permitir que nadie al lado tuyo se sienta menos, que nadie al lado tuyo se sienta mal.

-Eso es ser santo.

-No, no es tan imposible como te pensás.

-No te entiendo bien... explícame más.

-No sé, no lo tengo muy claro, en este momento. Me agarraste desprevenido.

No encuentro las palabras adecuadas. Otro día, que tenga las ideas más claras podemos volver al tema. Contame más del mozo de restaurant.

-¿En qué estábamos?

-En la cuestión de la ensalada.

-Quién sabe qué estará haciendo. Me da una pena... pobrecito, ahí en ese lugar...

-Mucho peor es este lugar, Molina.

-Pero nosotros no vamos a estar para siempre acá, ¿no?, y él sí que no tiene otro porvenir en la vida. Está condenado. Y yo te dije que él es muy fuerte como carácter, y que no le tiene miedo a nada, pero no te imaginás, a veces, la tristeza que se le nota.

-¿En qué te das cuenta?

-En los ojos. Porque tiene unos ojos claros, verdosos, entre pardos y verdes, grandísimos, que le comen la cara parece, y la mirada es lo que lo traiciona. En la mirada se le nota a veces, que se siente mal, triste. Y eso fue también lo que me atrajo, y me dio más y más ganas de hablarle. Sobre todo en las horas de poco trabajo yo le notaba esa melancolía, él se iba al fondo del salón, donde había una mesa en que se sentaban los mozos, y ahí se quedaba callado, encendía un cigarrillo

Yo empecé a ir cada vez más seguido, y él al principio apenas si me hablaba lo indispensable. Yo pedía siempre fiambre, sopa, un plato de fondo, postre y café, para que tuviera que venir a la mesa un montón de veces, y poco a poco empezamos a conversar más. Claro, él se dio cuenta enseguida de mí, porque a mí se me nota.

-¿Se te nota qué?

-Que mi verdadero nombre es Carmen, la de Bizet.

-Y por eso te empezó a hablar más.

-¡Ay!, vos sí que no entendés nada. Porque se daba cuenta que yo era loca es que no me quería dar calce. Porque él es un hombre normalísimo.

Pero poco a poco, hablando unas palabras acá, otras allá, vio que yo le tenía mucho respeto, y me empezó a contar cosas de su vida.

-¿Todo mientras te servía?

-Unas cuantas semanas sí, hasta que un día conseguí que tomásemos un café juntos, una vez que él estaba en el turno de día, que era el que él más odiaba.

-¿Qué horarios tenía?

-Mira, o entraba a las siete de la mañana y salía a eso de las cuatro de la tarde, o entraba a eso de las seis de la tarde, hasta las tres de la madrugada, más o menos. Y el día que me dijo que le gustaba el turno de noche, ahí me picó más la curiosidad, porque ya me había dicho que era casado, aunque no usaba anillo, otro detalle, y que la mujer trabajaba en horario normal de oficina, ¿entonces qué pasaba con la mujer? ¿no la quería ver que prefería trabajar de noche? Me costó no te imaginás cuánto convencerlo que viniera a tomar un café, siempre tenía, que el cuñado, que el auto, hasta que al fin vino.

-Y pasó lo que tenía que pasar.

-Estás loco. Vos no sabés nada de estas cosas. Empezó porque ya te dije que él es un tipo normal. ¡Nunca pasó nada!

-¿De qué hablaron en el bar?

-Bueno, yo ahora no me acuerdo, porque después nos encontramos montones de veces. Pero lo primero que yo quería preguntarle era por qué un muchacho tan inteligente como él estaba haciendo ese trabajo. Y vieras qué historia más terrible.

-El que quiere estudiar, de algún modo se las arregla. Mirá... en la

Argentina estudiar no es el problema mayor, la universidad es gratis.

-Si, pero...

-La falta de estimulo es otra cosa, ahí sí estoy de acuerdo, el complejo de clase inferior, el lavaje de cerebro que te hace la sociedad.

-Vos esperá, que yo te cuente más, y vas a ver qué clase de persona es, ¡de primera! Él mismo está de acuerdo en que hubo un momento de su vida en que aflojó, pero así la está pagando también. Él era de familia pobre, a los diecisiete con el fútbol. Desde chico jugaba muy bien, y a los dieciocho más menos, entró como profesional. ¿por qué no hizo carrera en el fútbol profesional? Según él cuando estuvo adentro recién se dio cuenta de la basura que era, un ambiente lleno de favoritismos, de injusticias.

-¿En política nunca estuvo?

-No

-Seguí.

-Y después de unos años, dos o tres, se fue del fútbol.

-¿Y las minas?

-Vos sos brujo a veces.

-¿Por qué?

-Porque él se fue del fútbol también por las minas.

-Tampoco él era muy disciplinado.

-Bueno, pero también una cosa que no te dije todavía: la novia en serio, que es la chica con que después se casó, no quería que siguiera en el fútbol. Y él entró en una fábrica, como mecánico, pero bastante acomodado de puesto, porque se lo consiguió la novia. Y se casó, y en la fábrica estuvo varios años, enseguida casi entró como capataz, o jefe de una sección. Y tuvo dos hijos. Y la locura de él era la nena, la más grande, y a los seis años se le murió. Y en la fábrica empezaron a echar a gente.

-Como él.

-Sí, ya empezó mal por ahí, te lo admito. Y es que se puso de parte de unos obreros viejos, que hacían trabajo a destajo, fuera de sindicato, y el patrón le dio a elegir entre irse a la calle o cumplir las órdenes, y él renunció.

-Y para entonces ya tendría más de treinta años.

-Claro, treinta y pico. Empezó, imaginate a esa edad, a buscar trabajo. Y al principio aguantó sin agarrar cualquier cosa, pero al final se le presentó ese trabajo de mozo y tuvo que agarrar no más.

-Todo eso te lo fue contando él.

-Sí, bastante poco a poco. Yo creo que para él fue un gran alivio, tener alguien a quien contarle todo, y poder desahogarse. Por eso él se fue encariñando conmigo.

-¿Y vos?

-Yo lo adoré cada vez más, pero él no dejó que yo hiciera nada por él.

-¿Qué ibas a hacer por él?

-Yo quería convencerlo de que todavía estaba a tiempo de ponerse a estudiar, y recibirse de algo. Porque hay otra cosa que me olvidé decirte: la mujer ganaba más que él. Ella se había hecho de secretaria de una empresa a casi medio ejecutiva, y eso a él lo tenía mal.

-¿Vos llegaste a conocer a la mujer?

-No, él me la quería presentar, pero yo en el fondo la odiaba con toda el alma.

-¿Ahora ya no?

-Es raro, pero no...

-¿De veras?

-Sí, mirá, no sé... estoy contento de que ella esté con él, así él no está solo.

-¿Y él sabe lo que vos sentís por él?

-Claro que sí, yo se lo dije todo, cuando tenía la esperanza de convencerlo de que entre nosotros dos... pasara algo... Pero nunca, nunca pasó nada

-Pero según me dijiste con la mujer no andaba muy bien.

-Tuvieron una temporada medio peleados, pero él en el fondo la quiere,

y lo que es peor todavía, le tiene admiración porque gana más que él. Y. un día me dijo una cosa que casi lo mato, era el día del padre, y yo le quería regalar algo, porque él es muy padre de su hijo, y me pareció lindo aprovechar la excusa de ese día para regalarle algo, y le pregunté si quería un piyama, y ahí fue el desastre...

-No te calles, no me dejes en suspenso.

-Me dijo que no usaba piyama, que siempre dormía desnudo. Y con la mujer tienen cama grande. Eso me mató. Pero hubo un momento en que parecía que se iban a separar, y ahí me ilusioné, ¡las ilusiones que me hice!, ni te imaginás...

-¿Qué tipo de ilusiones?

-De que viniera a vivir conmigo, con mi mamá y yo. Y ayudarlo, y hacerlo estudiar.

-Sí, pero irreal.

-Yo ya tengo un poco de sueño, ¿y vos?

-No, yo nada. ¿No me contarías un poco más de película?

-No sé... Pero vos no sabés qué lindo para mí era pensar que podía hacer algo por él.

-Bueno...

-Nos apagan la luz tan temprano, y esas velas echan tan feo olor, y te arruinan la vista.

-Y quitan el oxígeno, Valentín.

-No puedo dormirme sin leer.

-Si querés te cuento un poco más. Pero la macana es que me voy a desvelar yo después.

-Un rato no más, Molina.

-Bueno. ¿En qué estábamos?

-No bosteces así, qué dormilón.

-Qué le voy a hacer, si tengo sueño.

-A... ahora me hacés bostezar a mí también.

-Si vos también tenés sueño.

-¿Vos creés que podré dormirme?

-Sí, y si te desvelás pensá en el asunto de Gabriel.

-¿Quién es Gabriel?

-El mozo, se me escapó.

-Bueno, hasta mañana entonces.

-Hasta mañana.